

En estos momentos, el país entero realiza una fuerte apuesta por el porvenir, la cual se ha centrado en la futura creación de grandes obras de inversión social y en las de edificación de infraestructura portuaria, vial y energética, en especial en las zonas noreste y este del país, según los lineamientos trazados en la década pasada por el Plan de Nación. Así, muchos sectores nacionales han centrado sus expectativas de crecimiento integral en fuertes apuestas para combatir la pobreza mediante subsidios familiares directos que lleven a que las familias matriculen a sus descendientes en las escuelas públicas, la construcción ya iniciada del nuevo megapuerto en el Golfo de Fonseca, el trazado de la Carretera Longitudinal del Norte –que unirá, de este a oeste, los municipios fronterizos con Honduras, considerados por el Mapa de Pobreza gubernamental como los más atrasados del país en cuanto a desarrollo humano– y en las edificaciones de las represas hidroeléctricas de El Tigre y El Chaparral, que permitirán hacer efectiva la interconexión eléctrica centroamericana, en cumplimiento de las metas de Desarrollo del Milenio y de los postulados fundamentales del Plan Puebla-Panamá.

Esos esfuerzos de conexión e integración regional también debieran ir acompañados de grandes proyectos de inversión en el área cultural, en especial ahora que el gobierno nacional y la empresa privada quieren apostarle al crecimiento económico por las diferentes vías del turismo. Un turismo vacío de contenidos culturales no es atractivo para nadie en ninguna parte del mundo, por lo que resulta paradójico que otras instituciones le apuesten fuerte a las investigaciones sobre las identidades salvadoreñas, mientras que el presupuesto de la principal institución estatal destinada a la cultura y las artes no ve un incremento presupuestario desde hace más de un lustro, por lo que sus fondos anuales no llegan ni a los doce millones de dólares anuales, el 75% de los cuales se destina al pago de las planillas salariales, mientras que el resto se orienta a grandes proyectos de evidencia pública, como excavaciones arqueológicas o paleontológicas en las zonas central y occidental del país.

Por otra parte, la existencia de esos planes gubernamentales de integración regional, latinoamericana y mundial han provocado importantes cambios en la legislación salvadoreña destinada al área cultural, para acomodarla a las nuevas reglas globales de propiedad intelectual y *marketing* de las artes, las ciencias y la cultura. Sin embargo, hasta el momento no se ha considerado la posibilidad de contar con una

estrategia nacional y planes específicos orientados al sector cultural de El Salvador, por lo que puede ser que de forma nominal exista una entidad rectora y facilitadora de la cultura salvadoreña, pero que no tiene poder de decisión en cuanto a los que otras secretarías y subsecretarías de Estado hacen en cuanto a ese mismo terreno o en otros que, al fin y al cabo, terminan afectando positiva o negativamente a las personas y grupos dedicados a la producción cultural salvadoreña.

En este sentido, cuesta trabajo creer que no puede haber acciones coordinadas en el ámbito gubernamental para permitir la entrada de intelectuales cubanos o venezolanos –por razón de sus regímenes o ideologías–, cuando sí hay apertura para firmar tratados culturales con la Federación Rusa. Además, resulta curioso que se haya firmado un tratado de libre comercio con Estados Unidos y que en las calles capitalinas haya manifestaciones de protesta de los vendedores de CD y DVD piratas, en momentos en que entraba en vigencia esa legislación internacional que regulaba la propiedad intelectual de marcas y patentes, incluidos los derechos de *trademark* y *copyright* vigentes para las películas y música estadounidenses. ¿Y la protección para los derechos intelectuales de la población salvadoreña, incluidos los de propiedad intelectual milenaria o no tangible? Por desgracia, sólo el silencio responde a esa interrogante, donde hasta un producto gastronómico tradicional como la pupusa corre el peligro de obtener, un día de estos, un registro de origen ante la Organización Mundial del Comercio, pero a favor de un particular y no del grupo humano salvadoreño en su conjunto.

Para quienes pudieran haber estado en El Salvador de hace varias décadas, el país hoy les resulta irreconocible y, para algunos, quizá hasta grotesco. Bajo la influencia cultural hegemónica de Estados Unidos y, en menor parte, de México, las personas salvadoreñas han adoptado nuevas costumbres, tradiciones y formas de ver el mundo y encarar la realidad. Sin embargo, los grandes problemas nacionales como la pobreza, la violencia, la marginación y la exclusión de grandes sectores son varios de los puntos pendientes en la agenda nacional, en la que la cultura aún tiene mucho que decir y aportar, siempre y cuando se le brinden las oportunidades y espacios necesarios.

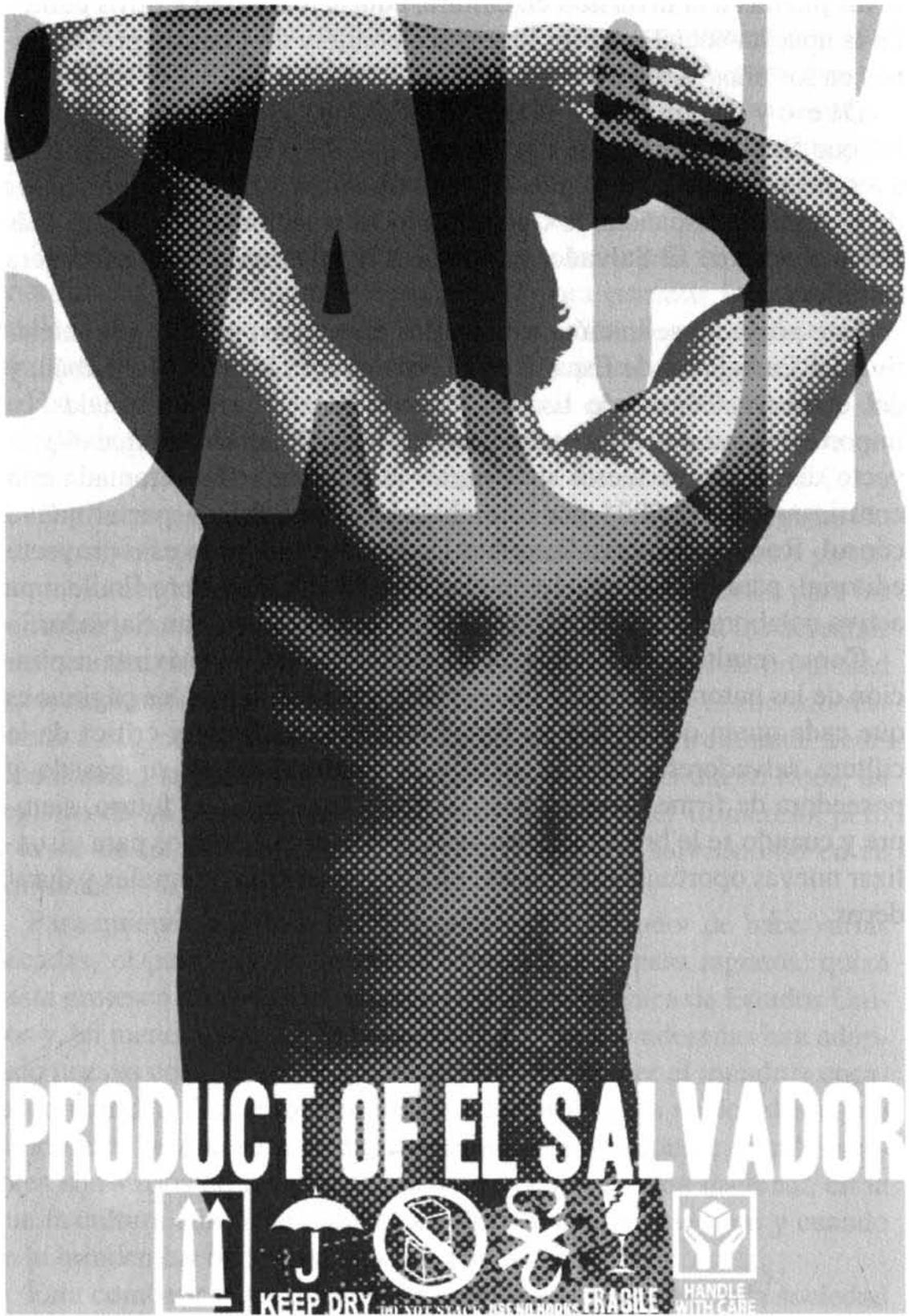
Para combatir la criminalidad y agresividad vigentes en la sociedad salvadoreña de la primera década del siglo XXI, no basta con medidas represivas que ya han demostrado su ineficacia, por más dureza que se les imponga. Para ayudar a construir un nuevo país, es necesario abrir-

le las puertas a la inversión en cultura, educación, salud y otros puntos de la apuesta social para un futuro sostenible y de grandes proyecciones en los años venideros.

De eso y de otras cosas es que se reflexiona y escribe en los artículos que forman el presente documento, que llega hasta ustedes gracias a los auspicios de la prestigiosa revista *Cuadernos Hispanoamericanos* de la Agencia Española de Cooperación Internacional, una de las más fieles aliadas de El Salvador en lo que a la inversión social extranjera se refiere.

Este proyecto se inició unos cuantos años atrás, gracias a la iniciativa del Embajador de España en El Salvador, Francisco Montalbán, y del entonces Cónsul de España, Carlos Ruiz, ahora destacados en importantes puestos diplomáticos en Bolivia y Madrid. Aunque el proyecto decayó unos meses más tarde, la iniciativa fue retomada con entusiasmo desde 2004 por el embajador Montalbán y por el nuevo cónsul, Román Escohotado, quien llevó a feliz término este proyecto editorial, para lo cual contó con el apoyo de Eva Escudero Fraile, una activa colaboradora del Centro Cultural de España en San Salvador.

Como resultado del esfuerzo de esas personas, la máxima aspiración de las autoras y autores que participan en las siguientes páginas es que cada quien que las lea se forme una opinión firme y crítica de la cultura salvadoreña de hoy, arraigada fuertemente en su pasado y poseedora de firmes intenciones de proyectarse hacia el futuro, siempre y cuando se le brinde una pequeña ayuda de sus amigos para visualizar nuevas oportunidades para la paz y el desarrollo integrales y duraderos.



Eduardo Chang, 2006